

ALONSO
CAPARRÓS



Un trozo de cielo azul

La verdad sobre cómo lo perdí todo,
salvo la esperanza

ALONSO CAPARRÓS

UN TROZO DE CIELO AZUL

*La verdad sobre cómo lo perdí todo,
salvo la esperanza*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Alonso Caparrós Araújo, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2021
Depósito legal: B. 4.704-2021
ISBN: 978-84-08-24227-7
Preimpresión: Realización Planeta
Impresión: Rodesa
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Índice

1. Tocar fondo	11
2. Horizontes tan lejanos.	21
3. Demasiadas derrotas	37
4. Santos o no	49
5. Un principio	71
6. Soñarlo todo	85
7. Letra pequeña	103
8. Inmortales.	121
9. Descanso.	135
10. Tormenta cercana	153
11. La hora de la Sombra.	169
12. Un acto de muerte.	183
13. Determinación	195
14. La llave	211
15. Incandescencia	227
16. A solas con mi locura.	243

17. Ángeles de la guarda	257
18. La muerte	275
19. Un trozo de cielo azul	287
<i>Agradecimientos.</i>	301

1

Tocar fondo

*Tocar fondo hace alusión a
un estado —negativo, claro—
a partir del cual tomas conciencia
de que es imposible ir más allá.*

La luz del sol malagueño tiene una luminosidad especial, pero aquel día parecía haberse esmerado. Recuerdo cómo me cegaban sus destellos sobre la vasta extensión de mar que se contemplaba desde aquella ladera. Esperaba a mi madre, a la que no veía desde hacía mucho tiempo.

Aparcó el coche al borde del camino, liberó a sus perros y ascendió lentamente hasta encontrarse conmigo. Siempre se alegraba al verme, pero yo sabía que su sonrisa no había vuelto a ser la misma después de aquella mañana, años atrás, en que se arrodilló delante de mí y me rogó que le contara qué me pasaba. Sentí un dolor familiar, demasiado familiar, cuando al llegar hasta donde yo estaba alzó su mirada para encontrarse con la mía. No ha sido fácil convivir con la certeza de que es culpa mía que su sonrisa siempre haya estado envuelta en un halo de tristeza.

No traté de esconder cómo me encontraba. Además,

habría sido inútil: era mi madre. Y por aquel entonces yo era incapaz de ocultar la dimensión de mis infiernos.

Le dije que sabía que iba a morir.

Contempló unos instantes las montañas de su Marruecos natal, que desde allí se atisbaban en el horizonte, y guardó un breve silencio. Se volvió hacia mí y me abrazó con los ojos llenos de lágrimas.

Llegué al apartamento cargando únicamente una bolsa grande de deporte que era suficiente para contener toda mi ropa. Mi autoestima, mis esperanzas, posibilidades y sueños se habían desvanecido hacía ya tiempo. Tras los últimos años y, más en concreto, tras los últimos seis meses, no me quedaba prácticamente nada, así que mi equipaje era pequeño. Tampoco tenía dinero, aparte de unos cien euros para empezar y la promesa de mi madre de proporcionarme el sustento justo —unos cincuenta euros semanales—, habida cuenta de que corría el peligro de malgastarlo por mi adicción.

Los últimos meses en Barcelona, adonde me había tenido que trasladar con mi pareja, habían sido los peores de toda mi vida, y, hasta mi llegada a Almería, mi ritmo de consumo de alcohol, hachís y cocaína había sido muy elevado. Nada indicaba que fuera a ser capaz de dejarlo. Era un auténtico milagro que siguiera vivo. No sé cómo mi

cuerpo y mi mente pudieron soportar el castigo al que los sometí. La decisión de mi madre había sido más que acertada: tenía que salir de allí como fuera.

Tampoco era la primera vez que mi organismo bregaba con estados críticos, pero incluso en las épocas de mayor consumo y degeneración moral, siempre había conservado un atisbo de esperanza. Sin embargo, en aquella ocasión ya no quedaba ni rastro: había llegado a mi límite.

Me resulta complicado describir lo que se siente cuando se pierde toda esperanza, el miedo que emerge de su ausencia, de no encontrar manos tendidas cuando ya se ha esfumado la capacidad de alargar la propia. Sientes cómo la dignidad se escabulle, todo lo invade la vergüenza y la impotencia mientras tratas de acallar las súplicas de tu propia voz interior, cada vez más ahogada.

A esas alturas, no tenía trabajo ni ahorros ni nada que se pudiese convertir en dinero, ya fuesen propiedades, diamantes o coches de alta gama, cosas todas ellas que el azar y mi trabajo en televisión me habían proporcionado. El contacto que mantenía con mi familia era con cuentagotas y mis hijos estaban creciendo lejos de mí, cada uno con su madre, acostumbrados a una vida en la que su padre era una presencia esporádica y cada vez menos necesaria. Por supuesto, había gente que me quería y necesitaba, pero los actos inherentes a mi adicción los habían privado de la posibilidad de demostrar su amor. Determinadas impotencias

pueden llegar a ser una condena en vida, y todo el que ha pretendido quererme lo ha comprobado.

Después de aquel encuentro en la playa, mi madre me había ofrecido su mejor consejo y la única opción viable, dentro de sus posibilidades y dada la urgencia del momento. La suya era una súplica disfrazada de sugerencia a la que me aferré tanto por mi desesperación como por evitarle más estremecimientos a su alma castigada. Me animó a que me fuera al apartamento que ella y mi padre tenían en Almería a pasar una temporada. Mi padre lo había heredado de mi abuela y yo no había vuelto a pisarlo desde mi niñez.

Dispuesto a poner un punto y aparte en la historia, hablé con mi pareja y le dije que necesitaba unos días para descansar y aclarar mi mente. No especificué que aquello era una huida en toda regla.

El apartamento de Almería me resultó reconfortante, acogedor y mucho más pequeño de lo que recordaba. Tenía las dimensiones perfectas para hacerme cargo de él sin que las labores domésticas me sobrepasaran. Más que nada, me gustaba su distribución: el salón y el dormitorio principal se encontraban al final de un pasillo en el que estaban dispuestas el resto de las dependencias, lo que me proporcionaba una sensación de protección, de madriguera. Además de la cocina, un baño y una habitación pequeña, mi padre tenía allí montado un estudio de radio.

Dejé la maleta en el dormitorio, orienté el sillón más

cómodo hacia la ventana, buscando un trozo de cielo entre los edificios, y me dispuse a pasar la noche fumando un cigarrillo tras otro, sabiendo que no podría conciliar el sueño. No se me ocurrió pensar en qué iba a hacer a continuación, quizá no estaba capacitado en ese momento. De lo que sí estaba seguro era de que, a pesar de la crudeza de mi situación vital, de mi presente y del futuro incierto que se abría ante mí, todo mi ser agradecía aquella huida.

Ya había experimentado anteriormente el aislamiento y la soledad, durante mis ingresos en la clínica López Ibor o cuando había vivido solo. Me desenvuelvo bien en la soledad. Me gusta. Es una de mis contradicciones, la voluptuosidad que encuentro en ella, el crecimiento interno que siempre he experimentado cuando he estado aislado, mi natural tendencia a buscarla no se corresponden con que siempre haya vivido en pareja, haciendo caso omiso a conductas que cada vez considero más propias de mi naturaleza.

Sin embargo, el carácter desesperado de las circunstancias que, a lo largo de mi vida, me han llevado a hacer retiros ha tendido a convertirlos en una partida desde cero. Y sí, creo que contar con ese punto de partida conlleva ciertos beneficios.

Convivir con una adicción durante tantos años es convivir con la muerte. La presentes en todo momento. Varias veces fue mucho más que un presentimiento. Varias

veces hubo más muerte que vida en mi cuerpo, pero esos últimos dos meses había tenido la certeza de que el fin era inminente. Temía dormir porque sabía que era cuando más cerca estaba de ella. Cuando gritando en sueños, estremecido de horror, con los puños aferrados al colchón, conseguía escapar de mis pesadillas antes de que me alcanzara no sé qué, tenía la sensación de haber huido de las puertas del infierno que quizá me esperen un día. Es tanto el dolor que he causado a algunos de los que me han rodeado que sé, y ya sabía entonces, que solo podía rezar por alcanzar en algún momento el perdón: el mío y el de Dios.

A fin de cuentas, pensé, *tocar fondo* hace alusión a un estado —negativo, claro— a partir del cual tomas conciencia de que es imposible ir más allá. Partir de cero, a medida que se va teniendo más edad, es afrontar una situación muy complicada. Pero todos los acontecimientos, todos los fenómenos, encierran una dualidad. La característica de todo es su potencialidad para ser una cosa u otra: dependiendo de nuestra habilidad, podemos dotar nuestras experiencias, por muy dolorosas que sean, de un signo positivo.

Si bien era cierto que lo había perdido todo, que no tenía trabajo, ni dinero, ni a mis seres queridos cerca, también lo era que gozaba de plena libertad de movimientos a la hora de imaginar y construir mi porvenir.

Perder todo es perder todo, incluida la esperanza de recuperar lo perdido.

Con más claridad que nunca, entendí que a lo largo de nuestras vidas morimos y renacemos miles de veces. Ahora creo que una de las razones por las que aquella etapa supuso el principio de mi salvación fue que, por fin, había dejado de esperar el día en que recuperase todo lo que había tenido. Hasta entonces, en mi vía crucis, siempre había tenido como objetivo restaurar mi posición, mi estatus, mi trabajo y mis vínculos afectivos. Pero era como tratar de rehacer un mundo con las cenizas de su propia destrucción: lo poco que conseguía construir acababa escurriéndose entre mis dedos, una y otra vez. Esta vez partía de la incertidumbre, acompañada de la convicción de que ya nada volvería a ser como antes.

De un momento a otro, con un Marlboro a medias colgando de los labios, me di cuenta de algo muy importante en lo que ni siquiera había reparado. No había rastro de síndrome de abstinencia. No había echado de menos, ni por un solo segundo, un porro, una raya o una copa de vino. Supone un acontecimiento significativo que ya había experimentado en otros retiros y soledades y que es extensible a todas las personas.

La imposibilidad de acceder a cualquiera de mis deseos, debido a mi precariedad en todos los ámbitos —desde el económico al emocional—, se había convertido en la causa inmediata de su desaparición.

Fue entonces cuando sentí que inevitablemente me

quedaba solo ante mí mismo, con un tipo con el que había tratado poco desde que, hacía infinitos años, esnifé mi primera raya. Los seres humanos somos muy curiosos, nos aferramos de una manera dañina tanto a las cosas buenas como a las malas, y cuando nos quitan o nos deshacemos de algo, siempre nos encontramos con un vacío que nos da miedo. Ni quería ni podía huir de mis temores, tenía que pensar en qué hacer para ganarme la vida, pero no sabía bien quién era en ese momento.

De esa forma algo fortuita, aquella noche, por fin, sentado en aquel sillón grande y desvencijado, dejé de sentir el acoso de la parca. Aunque solo me había alejado unos metros de la línea de fuego, me sentí a salvo en aquella trinchera. Y a pesar de que mis recuerdos seguían incendiando el cielo de mi noche, por primera vez en mucho tiempo me sentía capaz de descansar.

Según asomaba la mañana, me recreé en la agradable compañía de la soledad y me levanté dispuesto a organizarme. Alejados momentáneamente los demonios, no tardaron en aparecer mis aliados y sus voces internas. Vino a mi rescate el Alonso niño, cuando seleccioné los libros que me iban a acompañar en mi travesía por el desierto. Vinieron mis ancestros a arroparme cuando encontré una caja repleta de fotos familiares que se remontaban al principio de los tiempos y que contaban parte de la historia de mi familia.

Y allí me encerré con todos y conmigo mismo.